

SIGNIFICACION HISTORICA DE SOCRATES A TRAVES DE SU MUERTE

CONFERENCIA AMPLIATORIA AL TEMA PRIMERO DE
HISTORIA DE LA FILOSOFIA Y DE LA CIENCIA

(Pronunciada el 30 de octubre de 1963)

Por don Rafael Gamba

Catedrático de Filosofía del Instituto Lope de Vega, de Madrid

Suelen comenzarse los tratados de Historia de la Filosofía por la Grecia antigua, dejando como de lado las civilizaciones orientales anteriores o exteriores a Grecia. Se ha dicho frecuentemente, en justificación de esa primacía y de esa omisión, que "los griegos descubrieron la razón".

Esta opinión no puede admitirse en su sentido directo o literal, ya que nadie duda de que en aquellas otras civilizaciones hubo también hombres con su propia razón, que no dejaron de ejercitar, y que poseyeron asimismo un caudal de saber con conocimientos morales y psicológicos (libros sagrados de la India y de China antigua), matemáticos (antiguo Egipto), astronómicos (Caldea), etc. Puede, sin embargo, admitirse aquella afirmación en el sentido de que es en Grecia donde por primera vez nos aparece un sistema de pensamiento presentado bajo un signo y una pretensión racionales, esto es, como un saber adquirido por el esfuerzo de la razón y en ella cimentado. El saber de los pueblos orientales, aunque reconociese en la razón su origen real, se ofrece siempre como "revelación de los dioses", como adquisición mágica o como casual descubrimiento de "secretos de la naturaleza". En Grecia, en cambio, aunque la filosofía apareciese también relacionada con la mitología religiosa, encontramos ya una búsqueda de la verdad a través de la razón y una exigencia de guiarse por ella para alcanzar el saber.

Nadie quizá como Sócrates encarna históricamente ese imperativo ra-

cional del pueblo griego. El esfuerzo y el magisterio de Sócrates se encaminan a afirmar la razón como medio idóneo de alcanzar la verdad: su predicación y diálogo a través de las calles de Atenas son una invitación a sus conciudadanos a valerse de ese medio propiamente humano y luminoso para cimentar y adelantar el propio saber.

Del pensamiento de Sócrates sabemos poco de un modo cierto y probable, en razón de que nada escribió y sólo al magisterio verbal consagró su vida. Además, los discípulos que de él nos dejaron testimonio —Jenofonte y Platón— son, cada uno por su estilo, malos biógrafos. El uno por defecto y el otro por exceso. Jenofonte no ve en Sócrates más que al ciudadano honorable y justo —una especie de burgués ejemplar— que fue condenado injustamente por la ciudad y que aceptó la muerte con insuperable entereza. Platón, en cambio, ve la profundidad de la posición del maestro, pero en sus *Diálogos*, de los que Sócrates suele ser protagonista o figura central, mezcla su propio pensamiento con el de su maestro, sin que resulte fácil delimitar lo que a uno y a otro corresponde. Extraordinaria hubo de ser, sin embargo, la personalidad y la significación de Sócrates cuando supo inspirar la vocación filosófica más grande quizá de la humanidad —la de Platón—, y a través del magisterio platónico la de Aristóteles, es decir, la de los dos pensadores que han ejercido una más dilatada influencia a través de los tiempos.

Pero brumas aún mayores que las que recubren su vida y su obra nos oscurecen las circunstancias y motivación de su muerte. Sócrates murió, como sabemos, condenado por el tribunal de Atenas a beber la cicuta, y el motivo oficial de esta sentencia fue "impiedad y corrupción de la juventud".

La muerte de Sócrates conmovió a la Atenas de su tiempo, y el eco de aquel proceso llega hasta nuestros días, en los que aún se discuten las causas y circunstancias del trágico desenlace de aquella vida ilustre. Sus discípulos directos nos relatan por extenso la intensa emoción en que se desarrollaron las últimas horas del maestro, en las que, rodeado de discípulos y amigos, les ofrece una postrera lección de serenidad y de aceptación del destino.

La opinión más común y recibida —la más antigua también— atribuye la condena de Sócrates a un error o un abuso del tribunal de Atenas o a la acción solapada de sus enemigos personales, que supieron concitar contra él muchos ánimos, retorcer el sentido de su magisterio y también ridiculizarlo. Recordemos la sátira malévola que Aristófanes hizo de Sócrates en su comedia *Los nubes*.

Sócrates, en efecto, hubo de levantar contra sí mismo muchos resentimientos entre las clases más poderosas e influyentes de la ciudad. Bástenos recordar la intención y el método de su magisterio público en Atenas. Sócrates había defendido la necesidad de utilizar la razón y de cimentar en

ella el propio saber y la propia vida, y hubo de hacerlo frente a dos clases de adversarios.

En primer término, frente a los *sofistas*. Conocemos ya lo que fueron y lo que significaron los sofistas en la Atenas del siglo IV. El genio político de los antiguos griegos se realizaba en pequeñas ciudades-estados como Atenas, nunca en grandes naciones como las que hoy conocemos, ni mucho menos bajo la forma de imperio. Estas ciudades se gobernaban democráticamente —con la participación de todos los hombres libres—, y la justicia se administraba en ellas públicamente, en el ágora, por un tribunal de ancianos. Cada ciudadano había de defender por sí mismo su propio derecho, y esto engendró una nueva clase de maestros —maestros de retórica y dialéctica, de abogacía en definitiva—, que eran precisamente los sofistas.

La sofística constituyó al mismo tiempo una escuela filosófica. A través de su mismo profesionalismo llegaron los sofistas a sostener que toda causa puede defenderse y ganarse con independencia de su verdad y justicia, en función sólo de la habilidad de quien la defiende. De aquí sólo había ya un paso a afirmar con Protágoras —un famoso sofista— que la verdad y el bien no existen en sí, sino que su ser es relativo al hombre y a su situación (teoría de la homomensura). Frente a los sofistas, Sócrates afirmó que la verdad existe, y, con la verdad, el bien y la justicia en sí, absolutos. El hombre los descubre mediante su razón, y ese descubrimiento de la verdad (o *aleceia*) es cabalmente el término de su sistema, el objetivo del razonar.

Pero el magisterio de Sócrates hubo de enfrentarse también con otra clase de hombres, si no más peligrosos para la ciudad, sí más peligrosos para él mismo. En Atenas, como en todas partes, existían hombres cultos y situados ("valores consagrados"), los profesionales sólidamente establecidos, hombres que viven sobre su ciencia o su oficio sin preocuparse de conocerlo en sus fundamentos, de ser capaces de defenderlo racionalmente ni, menos aún, de hacerlo progresar. Estos, como los salvajes o los bárbaros, viven irracionalmente de lo que aprendieron o de lo que creen o dicen creer. Sócrates preguntaba a estos hombres acerca de algún aspecto de su ciencia o de su arte y les inquiría después, en sucesivas preguntas, por los fundamentos últimos de ese saber. Ello ponía a tales *sabios* en evidencia ante los demás o ante ellos mismos, al obligarles a dar respuestas incomprendidas, vanas. Sócrates mostraba así el punto de partida de su sistema: la *nesciencia*, un voluntario desprenderse de cualquier saber previo y no comprendido para poder alcanzar por sí mismo el verdadero saber lúcido y fundamentado. *Sólo sé que no sé nada* —decía Sócrates—, pero sé más que mis conciudadanos, que tampoco saben eso, sino que creen saber, esto es, que poseen un falso y ciego saber que les impide el razonar por sí mismos.

Si la *nesciencia* es el punto de partida del sistema socrático y la *aleceia*

el término, su *método* (o camino) incluye dos partes: la *ironía*, por la que pone en evidencia la inanidad del saber no fundamentado, y la *mayéutica* (arte de dar a luz), por la que ayudando al ignorante (al esclavo, por ejemplo) a razonar mediante preguntas graduales se demuestra cómo el ejercicio limpio y directo de la razón alcanza el alumbramiento de la verdad.

Sin embargo, no todos los comentaristas e historiadores de Sócrates han sostenido aquella interpretación clásica del proceso que le condenó a muerte como aplicación injusta de las leyes, inspirada seguramente por la animosidad que el método socrático (la ironía) habría levantado entre las clases mejor situadas e influyentes de la ciudad.

Cabe señalar dos opiniones que otorgan un fundamento legal a la sentencia contra Sócrates dictada. Una es la de quienes asienten al motivo oficial de la misma y quieren ver en Sócrates un corruptor de la juventud con formas nuevas y perversas en el vicio, ello guiado por su mismo espíritu racionalista y su supuesto desprecio a la religión tradicional griega. No existe, sin embargo, ningún testimonio que confirme tal significación de Sócrates, y, por otra parte, los vicios griegos aludidos implícitamente en ese juicio estaban profundamente arraigados en el ambiente griego mucho antes de la época socrática.

Más corriente ha sido la opinión moderna que pretende ver en Sócrates un defensor de la libertad de pensamiento frente a la opresión de las creencias y costumbres de la ciudad y los celosos guardianes del orden establecido. Una especie de revolucionario o precedente del liberalismo moderno con veintitrés siglos de antelación. Tal es la interpretación sostenida, entre otros, por Guillermo Hegel.

El liberalismo político moderno tiene su origen, como sabemos, en las teorías filosóficas del inglés John Locke (siglo XVII) y en el movimiento empirista de que fue fundador. Las ideas, para él —y las teorías en general—, se forman en la mente de cada hombre por combinación o asociación de "ideas simples" o sensaciones elementales. Consecuencia de tal doctrina es que las ideas son asunto meramente privado, que no pueden tener validez general o social, ni menos imponerse a los demás. La sociedad o el Estado deben ser no más que una coexistencia neutra que no tenga significación alguna ideológica ni religiosa y se limite a velar por el derecho de todos, ante todo por el derecho de pensar —y de expresar el pensamiento— libremente. Confluye asimismo a la formación de la teoría liberal el naturalismo de Juan Jacobo Rousseau (siglo XVIII), que es ya antecedente inmediato de la Revolución Francesa, con su doctrina de que el hombre es racional y bueno por naturaleza y que es la sociedad histórica, regida por mitos y creencias irracionales, la que malea al hombre, coartando su libertad interior. Según Rousseau, la sociedad debe constituirse por un pacto o *contrato social* en el que los hombres cedan sólo la parte

de su libertad necesaria para que medie entre ellos una pacífica coexistencia.

De primera intención puede comprenderse que querer ver en Sócrates un precursor de la libertad liberal de pensamiento constituye un anacronismo insostenible, supuesta la nativa vinculación del hombre antiguo a la ciudad antigua, a su fe y a sus dioses tutelares. Por otra parte, la significación de Sócrates dentro de la Atenas de su tiempo era precisamente la contraria a una actitud innovadora respecto a la gobernación de la ciudad: la favorable al restablecimiento de la antigua costumbre, un tanto decaída tras la guerra del Peloponésico. Conocida es su amistad con varias figuras del partido aristocrático —entre otros, con Critias y Alcibíades— que sostenían la idea de que los puestos de magistrado no debían ser de elección libre para su ejercicio por cualquier ciudadano, sino reservados a los más competentes. Sabido es también que fueron hombres del partido democrático (Anito, Meleto y Licón) los que sostuvieron la acusación contra Sócrates ante el tribunal.

Pero son sobre todo las circunstancias de la muerte de Sócrates, en lo que tienen de voluntarias por su parte, lo que nos informa con absoluta claridad de su actitud hacia la ciudad y hacia cuanto su orden significaba. Sócrates, ya condenado, tuvo ocasión de eludir el cumplimiento de la sentencia y evadirse a otra ciudad rival de Atenas. Platón y Jenofonte nos narran por menudo esta oportunidad y las razones del maestro para rechazarla. El *Fedón*, de Platón, incluye una patética descripción de estos últimos días de Sócrates y del anhelo de sus discípulos por retenerlo en vida.

El encarcelamiento de Sócrates coincide con la peregrinación anual a las fiestas de Apolo Delio. Durante el periplo de la nave emisaria a tales cultos nadie podía ser ajusticiado en Atenas, y esta circunstancia otorga a los discípulos tiempo amplio para preparar la huida y al maestro para poder aprovecharla. Sin embargo, Sócrates rechaza tal escapatoria con su famosa apología de las leyes de la ciudad. Mis padres —viene a decir— se casaron de acuerdo con las leyes de Atenas, y dentro de su orden nací yo. Bajo ellas crecí y me eduqué y contraí matrimonio, y ellas defendieron mis bienes y mi derecho. Sin ellas no hubiera podido vivir. Si ahora, cuando me son adversas, me vuelvo contra ellas y, en vez de acatarlas, las destruyo en lo que está de mi parte con una rebelión y un ejemplo sedicioso, ¿no podrá decirse que soy verdaderamente culpable y que me aprovecho de ellas sólo en lo que me conviene?

Sócrates acepta así voluntariamente el sacrificio de la vida que se le ha prescrito en un heroico homenaje a las leyes de la propia ciudad, a las que acata con la propia vida y a las que venera aun en el caso de su errónea o injusta aplicación.

¿Qué significa tal actitud? Simplemente esto: Sócrates ha pretendido

con su magisterio incesante convencer a sus conciudadanos, hacer que ellos dirijan su vida de acuerdo con la razón, que la orienten hacia el logro de la verdad y del bien, que no vivan en la ceguera de lo que se impone y acepta por rutina o por la sola creencia ciega, que vivan de acuerdo con su *daimon* o impulso personal. Pero Sócrates no quiere destruir a la ciudad, ni mucho menos destruir el vínculo sutil y misterioso que une a los hombres a su patria y otorga a ésta un carácter sagrado y soberanamente respetable.

Sócrates sabe de antemano que quien quiere redimir a los demás corre el riesgo de ser destruido, porque las leyes son aplicadas por hombres y el reformador nunca es aceptado con facilidad por el ambiente. Sabe también que la ciudad es siempre conservadora y que sólo a través del tiempo y las generaciones llegan a ella las obras de regeneración y reforma. Sócrates corre ese riesgo y lo acepta, sin decaer en su respeto y amor a las leyes porque éstas se pongan un día contra él.

La muerte de Sócrates es, en cierto modo, el más emocionante homenaje a las leyes y al orden comunitario de la ciudad.

Las ciudades mueren por dos factores internos. Los pueblos no mueren por conquista de otro país; cuando un pueblo está en lozanía puede resistir la conquista de otro país, acabando por expulsar a los invasores. La verdadera decadencia y muerte de un pueblo nace por disolución interna.

Esta disolución interna suele ser ocasionada por dos causas. Por un lado, por la deserción, la pereza y el conformismo de sus clases cultas, aristocráticas, dirigentes; cuando estas clases se duermen sobre su propio saber o su propia significación, cuando no ejercen su autoridad en su verdadero sentido, entonces el orden, las creencias, la moralidad, la justicia y las leyes quedan indefensas.

En este momento surge otra clase de hombres: los revolucionarios, que son los que no tienen nada que perder, que son los que no aman las leyes, ni las creencias, ni la moralidad, y que ponen en peligro los cimientos del orden y los principios del bien y de la verdad. En la Atenas de su tiempo eran los sofistas.

Los sofistas atacan la verdad, atacan los principios del bien y atacan la misma existencia de la justicia. Si no encuentran contradictores, hombres de fe, hombres de verdadero saber, lo tienen todo ganado; y la ciudad muere entonces por disolución, por corrupción o por invasión de los enemigos, cuando ya la ciudad está verdaderamente muerta. Esta invasión no tendrá ya entonces remedio, no tendrá solución: nadie se defenderá del invasor.

Sócrates quiso librar a su ciudad de estos dos males; por eso luchó contra los dos. Contra los hombres sabios, pero perezosos, contra los que

ejerce su ironía; y contra los sofistas, a los que quiere demostrar que la verdad existe y que la razón puede llegar a descubrirla.

Sócrates no se ha pronunciado contra las leyes; a las leyes las ha respetado, las ha venerado, les ha dado el mayor homenaje que se les puede otorgar: sacrificar su propia vida para no dar el mal ejemplo de una desobediencia a las leyes.

Sócrates, en la lucha con unos y con otros, pudo decir de sí mismo aquella su famosa frase: "Los dioses me pusieron en la ciudad como al tábano sobre el caballo, para que no se duerma ni amodore".

Es preciso, pues, frente a la moderna teoría de una pretendida rebelión de Sócrates contra el orden político en nombre del libre pensamiento, volver a la opinión primera, la clásica, que fundamenta la muerte de Sócrates en una mala aplicación de las leyes, seguramente por la animadversión, por la mala fe de sus enemigos, sobre todo de los cultos e influyentes, a los que había humillado con su magisterio.

Pero si por los frutos ha de conocerse la obra de Sócrates y el testimonio que dejó con su muerte, no vemos, ciertamente, que después de su época nazca o brote la disolución de Atenas, la disolución de aquel orden y su sustitución por otro, sino que después de la muerte de Sócrates adviene el siglo de oro de Atenas; es decir, el siglo de las grandes glorias de la humanidad, surgidas del propio magisterio de Sócrates, que son Platón y Aristóteles.

BIBLIOGRAFIA

Sobre la muerte de Sócrates consúltese:

JENOFONTE: *Apología de Sócrates, Las memorables.*

PLATÓN: *Eutifrón, Apología, Menón, Fedón.*

Asimismo las monografías modernas de SOREL (*La muerte de Sócrates*, 1889) y BOURGEOIS (*El proceso socrático*, 1891) y la reciente de KENDALL (*El hombre ante la Asamblea* (colección "O Crece o Muere", Madrid, 1960).

O. F. E.

(Organización para el Fomento de la Enseñanza)

Suero de Quiñones, 14 - Teléf. 246 45 59 - Madrid-2

PRESIDENTE

Alejandro Barbero Rodríguez

CURSOS DE CONFERENCIAS PARA PREUNIVERSITARIOS

(1963-64: décimo curso)

TEMA:

HISTORIA DE LA FILOSOFIA Y DE LA CIENCIA

Director: ANTONIO FERNÁNDEZ GALIANO